

JOSÉ MARÍA CARABANTE, *PERFILES FILOSÓFICOS. HOMBRE, SOCIEDAD Y DERECHO EN EL PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO*, PAMPLONA, ARANZADI, 2022, 128 PP.
ISBN: 9788413904436

Juan Pablo Serra*

Tras la muy favorable recepción de su anterior *La suerte de la cultura* (2021), José María Carabante da una nueva vuelta a sus preocupaciones habituales en este volumen que recopila una serie de ensayos aparecidos en su mayoría en el medio *Aceprensa*, si bien convenientemente reelaborados para dar más unidad al conjunto. Y también, nos atreveríamos a añadir, para dar continuidad a la propia obra de su autor.

En *La suerte de la cultura*, sostenía que el destino de la cultura y el del ser humano van de la mano. Y diagnosticaba que, para reconstruir la cultura –ese enorme entramado de metáforas y significados que solo se revelan a quien se pone en juego con ellas–, hay que aprender a mirar con asombro, qué es lo que permite percibir la realidad como regalo y lo que puede cambiar nuestro punto de vista de actores a espectadores, condición indispensable para captar la verdad, bondad y belleza de lo real. En todo esto había una genuina reivindicación de un modo de entender la filosofía como forma de vida, algo que explicita en la introducción de la presente obra al apostar por una

“filosofía catárquica, en la que la verdad no sea tanto el predicado de una proposición como la claridad que se adivina al alzar la mirada en una travesía intrincada de búsqueda e indagación” (p. 14).

Ahora bien, optar por la filosofía como modo de vida no es una elección sin consecuencias, pues “lo que se piensa acerca del ser y de sus causas influye en la configuración cultural y en el entramado comunitario. Y viceversa” (p. 15).

* Profesor de la Universidad Francisco de Vitoria, Facultad de Derecho, Empresa y Gobierno. Correo electrónico: j.serra.prof@ufv.es

Por eso, el repaso a los autores escogidos en este libro no es un ejercicio de mera erudición, sino un intento de dar aire fresco a la filosofía del derecho –la especialidad académica a la que se adscribe José Carabante– y, también, de repensar algunas cuestiones atemporales que nunca se despegan de la existencia humana y de la travesía de los hombres por la historia.

En efecto, si hay un tema que sobrevuela las semblanzas de Eric Voegelin, René Girard, Roger Scruton, Jürgen Habermas, Rémi Brague y Byung-Chul Han presentes en este volumen es la cuestión acerca de quiénes somos y en qué medida puede la cultura –manifiesta en el derecho, la política o el arte– preservar lo humano (p. 15).

El primer capítulo, dedicado a Eric Voegelin, es el que mejor se alinea con las intenciones y el enfoque de la filosofía expresado por José María Carabante en la introducción (no por casualidad dedicó a este autor su segunda tesis doctoral, en filosofía). La talla de este gigante del pensamiento no se debe a su notoriedad entre el gran público, sino, justamente, a su vocación metafísica y al modo en que esta nació del afán por comprender los acontecimientos del primer tercio del siglo xx. Es la propia experiencia de una época convulsa la que lanzó a Eric Voegelin a replantear la tarea de la filosofía, convencido de que el distanciamiento del hombre respecto a lo real bajo el peso de las ideologías y de la ciencia positivista solo podía salvarse desenterrando las vivencias originarias que están por debajo de las ideas, teorías y símbolos con que los seres humanos estructuramos la realidad y el orden social.

Esto llevó a Eric Voegelin a proponer una sofisticada teoría de la conciencia para la cual, en la percepción humana y la aprehensión de la realidad, no solo cuenta la mirada objetivante con la que hacemos ciencia, sino, sobre todo:

“la existencia de una luminosidad más amplia y radiante [...] que aproxima al ser humano a lo trascendente, posibilitando el contacto y la cercanía del ser humano con la fuente última del ser, con lo que la filosofía clásica ha denominado el *ens realissimim*, a cuya luz el hombre siente o vivencia, mejor dicho, su ser como derivado” (pp. 23, 25).

En la medida que esta experiencia no se puede transmitir con enunciados proposicionales y unívocos, Eric Voegelin estudió –en los cinco volúmenes de su monumental *Order and History* (1956-1987)– los mitos, los símbolos y las ideas que históricamente han señalado aquello que supera y funda el mundo de los objetos. La conclusión a la que llegó fue clara. En palabras de José Carabante:

“o se está abierto a la trascendencia [...] y a favor de una sociedad que aspira al orden o el alma se cierra al sentido y se desintegra la ciudad. En un caso, la sociedad camina por la senda de la cordura; en el otro, se desliza por la peligrosa pendiente de la deshumanización” (p. 31).

El siguiente capítulo, en torno a René Girard, transita caminos a los que es difícil no haber llegado a poco que se sigan los debates intelectuales del presente. En todo caso, no deja de ser oportuno recordar el modo en que René Girard desarrolló lo que, en principio, anunció como una hipótesis científica y *antimetafísica*, nacida de lo que había aprendido acerca del deseo humano en la novela realista. Sin embargo, la afirmación de que el ser humano es un ser dependiente en su deseo de la figura de un mediador –esto es, que no somos los entes autónomos imaginados por cierta filosofía moderna– le situó como un pensador universalista *sui generis*. Para este filósofo, en efecto, el deseo revela quiénes somos y por eso “el deseo humano es un deseo metafísico, ontológico, determinante de la condición humana” (p. 43). Su tesis fuerte es que *deseamos en la medida en que otro desea* y es en el espejo del otro que desea donde se revela quiénes somos. Este deseo (mimético, competitivo) exige contener la rivalidad para que esta no destruya el orden social y este pensador encontró que, en las culturas arcaicas, esta era la función del chivo expiatorio, un hallazgo que incorporó a su obra no como teoría, sino como una realidad palpable y empírica (p. 45) desde la cual estudió las alternativas a la violencia presentes en el mito antiguo y la religión, en especial el judaísmo y el cristianismo.

De Roger Scruton, protagonista del tercer capítulo, hay mucho escrito. Para empezar, por él mismo que, en más de una ocasión, describió el modo en que se volvió conservador a fines de la década de 1960 ante la perspectiva destructora del radicalismo político respecto de aquellas instituciones que salvaguardan la civilización. Y José Carabante resume con sumo tacto las notas más destacadas de su pensamiento: la crítica al afán reformista por diseñar la convivencia política, la impugnación del individualismo liberal, la reivindicación de la corporalidad humana, la trama afectiva que origina el sentido de pertenencia entre los humanos, la afirmación del valor cognoscitivo del arte, entre otros. Pero el capítulo despega sobremanera en sus últimas páginas (pp. 64-66), cuando José Carabante desgrana *El alma del mundo*, el ensayo filosófico con que Roger Scruton quiso abordar el modo humano de habitar el mundo.

La presencia de Jürgen Habermas en el siguiente capítulo se puede justificar por la notoriedad de este pensador y por el vasto conocimiento que tiene José Carabante de su obra (a él dedicó su primera tesis doctoral, en derecho). Sin embargo, en el panorama del libro queda un poco a desmano, pues es inevitable que su lenguaje técnico y racionalista tienda a opacar

las realidades del mundo de la vida que el propio Jürgen Habermas quería salvar con su teoría de la acción comunicativa. Afortunadamente, con el recorrido por la obra del medievalista Rémi Brague el libro vuelve a su cauce y a su tema central, que es la preocupación por el hombre. Así, si bien Rémi Brague puede considerarse un historiador de las ideas y un pensador religioso, el tema de su obra –y lo que le ha hecho célebre entre el público– es cómo justificar la excepcionalidad de lo humano en una época antihumanista, que oscila entre las ganas de “superar” lo humano (como en el transhumanismo) y el afán por “rebajar” la categoría del hombre (como en el animalismo). Este es, en el fondo, el objeto de la impresionante trilogía compuesta por *La sabiduría del mundo*, *La ley de Dios* y *El reino del hombre*, donde para saber quién es el ser humano desbroza la herencia griega –el hombre es ajeno al mundo, por eso puede contemplarlo en su totalidad– y la herencia abrahámica –el hombre es bueno porque su creador lo es– al tiempo que analiza su continuidad con la modernidad –el hombre está por encima de su entorno por su capacidad de adueñarse del mundo físico-natural y explotarlo como si fuera su creador– (pp. 86-87, 96). Con todo, cierra José Carabante el capítulo, la lectura que Rémi Brague realiza sobre la historia busca algo más que el solo ofrecimiento de diversos datos.

“Porque somos animales que necesitamos sentido, pero no podemos procurárnoslo nosotros mismos. Sin una instancia superior, sin incardinarnos en el mundo de lo simbólico, no estamos en condiciones de responder a la pregunta que más debería inquietarnos: por qué es bueno vivir. En este sencillo interrogante se condensa toda la historia de la filosofía y en su respuesta, lo que Brague ha llamado la legitimidad de lo humano” (p. 97).

El último capítulo del libro se ocupa de Byung-Chul Han, el célebre filósofo coreano-alemán, conocido a raíz de *La sociedad del cansancio* (2010). Es habitual que quienes glosan las obras de este autor repitan de modo cansino sus juegos de palabras, sus contrastes y ejemplos. Por eso, debemos agradecer que, siguiendo un tono exquisito cercano al mejor periodismo cultural, José Carabante nos presente nuevas perspectivas sobre Byung-Chul Han que, sin alejarnos de su obra, enfatizan la continuidad que en este pensador hay respecto al resto de autores analizados en el libro.

De esta forma, después de enmarcar el éxito de Byung-Chul Han como el propio de un fenómeno de masas (por la concisión de sus ensayos, su imagen o marca personal reservada y el diagnóstico riguroso sobre el sujeto actual), José Carabante centra con rapidez, el interés por revisar su obra en la vocación que hay en ella de recordar a un Occidente alicaído y que la vida humana más digna es la contemplativa (p. 100). En los libros de Byung-Chul Han, se nos recuerda, se perfila una nueva y peculiar *dialéctica de la Ilustra-*

ción, una intuición genial que aparece en *Psicopolítica* (2014). De esta forma, habría una primera Ilustración cuyo valor central sería la verdad que ofrece el conocimiento objetivo proporcionado por los números y que funda una sociedad de ciudadanos racionales. A ella seguiría una segunda Ilustración, que trajo la sociedad de la información y del saber puramente movido por datos que es capaz de fundar proyectos totalitarios. Pues bien, dirá Byung-Chul Han, es preciso apostar por una tercera Ilustración:

“que logre desembarazar al hombre del yugo hipercapitalista, desvelando todas las esclavitudes disimuladas por obra y gracia de las últimas transformaciones económicas y culturales” (p. 112).

El valor central de esta Ilustración no sería otro que el sosiego y una llamada a relacionarnos con el mundo de un modo no apropiativo.

Con este autor finaliza el libro, a falta de un epílogo conclusivo que queda en manos del lector llevar a cabo. Si preguntan a quien esto escribe, el aroma que desprende esta colección de ensayos es la sensación de que *la metafísica*, tal como se manifiesta en la obra de estos gigantes, *nunca desaparece*.

Siglas y abreviaturas

ISBN	International Standard Book Number
p.	página
pp.	páginas

